



**INTERVENCIÓN**  
**GRUPO VASCO (Congreso de los Diputados)**  
**Madrid, 2009-09-09**

**INTERVENCIÓN DE JOSU ERKOREKA**  
**PLENO ECONÓMICO 09-09-09**

**NOTA: Este discurso puede ser modificado parcial o totalmente por el orador de manera que solo es válido lo pronunciado en el hemiciclo aunque estuviere aquí escrito.**

En julio del año pasado Vd. comparecía ante el pleno, por primera vez, para informar sobre las medidas que iba a adoptar el G<sup>o</sup> frente a la situación económica. Todavía no se hablaba, ni de recesión, ni de depresión, ni de crisis. Todas estas expresiones eran anatema. Desde entonces, se han producido otras tres comparecencias monográficas -la de hoy suma la cuarta- pero lo más reseñable es que la ec<sup>a</sup> se ha convertido en la gran protagonista del P<sup>o</sup>. Durante este periodo, prácticamente todas las sesiones han pivotado, directa o indirectamente en torno a la crisis económica.

Y debate tras debate, hemos ido constatando, acongojados e impotentes, el implacable deterioro que experimentaban los indicadores económicos. Hoy ya nadie teme a las palabras. Todos reconocemos que nos encontramos en medio de una gravísima crisis ec<sup>a</sup> y confiamos en poder sustraernos de un proceso deflacionista que nos conduciría al desastre. Afirmar que se han confirmado los peores augurios que hicimos hace un año, puede constituir un tópico, pero no una exageración. La desaceleración inicial se ha trocado en recesión. En una recesión que ya nadie en sus cabales piensa que vaya a fenecer a corto plazo. Y el empleo, que al principio parecía atravesar un bache coyuntural, se ha destruido hasta situarnos, con carácter estructural, en los niveles más bajos de Europa. Y según el unánime dictamen de los organismos especializados, no sólo estamos en la cola, sino que seguiremos ocupando la última posición durante mucho tiempo.

Entre tanto, el G<sup>o</sup> ha adoptado numerosas medidas para reforzar la red de resistencia social y evitar que la actividad se desplome. Y quien más, quien menos, en esta C<sup>a</sup> todos estamos convencidos de que, en la may<sup>a</sup> de los casos, se trababa de medidas aisladas, fragmentarias e inconexas, que ni respondían a una visión global, ni conformaban un todo coherente ni, en fin, permitían adivinar, con un mínimo de nitidez, el horizonte hacia el que nos conducían; si es que, en realidad, perseguían un horizonte conocido.

Incluso quienes hemos prestado nuestro apoyo a la mayoría de ellas, desde la convicción de que eran mejorables pero no rechazables, tenemos la sensación de se ha actuado más a golpe de intuición coyuntural que con arreglo a un plan integral, meditado y contrastado. Y a falta de evaluaciones serias sobre su eficacia y su eficiencia -que se nos prometieron, pero no acaban de llegar- cuando le vemos a Vd defendiendo a capa y espada la bondad de su gestión, nos viene a la mente la imagen

de aquel conductor que dirige su vehículo en dirección contraria y cuando escucha por la radio la voz de alarma emitida por las autoridades de tráfico, corrige al locutor, observando que no es sólo uno el conductor equivocado, sino muchos; todos los imprudentes que se están cruzando con él en la carretera.

Las preguntas no cambian. Hoy, como hace un año, debemos seguir formulándonos la misma ¿Qué hemos de hacer ahora? Lo que cambian son las respuestas. Porque con la experiencia acumulada durante el último año, ya no tienen lugar las respuestas demagógicas, engañosas o ingenuas.

Pongámonos en la mejor de las hipótesis. Demos por supuesto que, en este año 2009, estamos atravesando por lo más profundo de lo que ya se ha dado en llamar la Gran Recesión. Bien. Pues aun así, hemos de reconocer que nos encontramos en una situación complicada y difícil. Vivimos y -en los próximos meses- viviremos tiempos duros. Duros, sí, pero no inéditos. Porque a lo largo de los últimos veinticinco años se han vivido otras crisis, de las que se supo y se pudo salir reforzado para encarar los subsiguientes periodos de crecimiento. Cada crisis ha supuesto una dura experiencia, pero al mismo tiempo una oportunidad para alcanzar un estadio más alto de bienestar. Ahora bien, para convertir en oportunidades las sombrías expectativas que oscurecen el panorama y saber aprovecharlas con éxito, hace falta fuerza, sin duda, pero sobre todo, hace falta liderazgo. Un liderazgo con ideas, energía y determinación para alcanzar los objetivos previamente consensuados. Un liderazgo capaz de atraer al discrepante, integrar sus críticas y promover los consensos necesarios. Un liderazgo, en definitiva, que, hoy y aquí, sólo se puede ejercer desde el Gº.

Que nadie se equivoque. No estoy manejando teorías abstractas, sino realidades muy prácticas. Del acierto de hoy depende nuestro bienestar de mañana. De lo que hoy hagamos o dejemos de hacer, devendrá, en buena medida, la prosperidad o postración que mañana vivamos. Son muchas las cosas que nos separan a las formaciones políticas representadas en esta Cª y es obvio que cada uno de nosotros tiene sus propios intereses; casi siempre divergentes y, en ocasiones, abiertamente incompatibles.

Pero creo que en este punto, se puede afirmar sin temor a exagerar que todos nos encontramos en el mismo barco y, por tanto, todos estamos llamados a actuar con responsabilidad para evitar que se hunda irremisiblemente, arrastrándonos a todos. Nadie puede sustraerse al deber moral de hacer hoy todo lo que se encuentre al alcance de su mano para que mañana no tenga que arrepentirse de haber sido la causa -por su intransigencia o su negligencia-, del fracaso colectivo.

En este marco de colaboración, cada uno tiene su papel. El Ejecutivo debe asumir la batuta, pero no para imponer un mando unilateral, sino para promover consensos desde un liderazgo participativo e integrador. Tan absurdo es excluir a los demás como exigirles una adhesión incondicional a las posiciones del Gº. Y a la oposición le corresponde coadyuvar, con sus ideas y su apoyo parlamentario, a combatir la crisis desde un planteamiento responsable y constructivo. Tal es la enjundia de las dificultades que hemos de afrontar, es tanto lo que nos jugamos todos, que nos parece obligado buscar la coparticipación en el diseño de una salida a la crisis que no salve a todos de la catástrofe.

Desde la formación política a la que pertenezco se lanzó, en los albores del verano, una oferta de estabilidad institucional y presupuestaria, que buscaba y busca -porque sigue en vigor- sumar esfuerzos, coordinar tareas y aprovechar sinergias para hacer frente con mayor eficacia a la recesión. Aunque inicialmente fue concebida para el

ámbito específicamente vasco, la oferta no excluye -no puede excluir, por razones de mera coherencia- su proyección hacia el conjunto del Estado. Estamos hablando de dos espacios económicos tan estrechamente interrelacionados, que la estabilidad de Euskadi habría de resentirse, necesariamente, si Madrid se convirtiese en el epicentro de fuertes movimientos sísmicos en el terreno económico y en el plano institucional. Mi Grupo está dispuesto, por tanto, a actuar con la responsabilidad que exige el momento y a explorar, con seriedad y sinceridad, la posibilidad de compartir una estrategia para salir de la crisis económica. Una estrategia compartida que, en su caso, habrá de plasmarse en los textos legales que se acuerden.

Que nadie se engañe. Que nadie interprete nuestra disposición al pacto como una finta. No estamos en una estrategia de regate corto. En los tiempos que corren, el tacticismo nos parece fuera de lugar. Nuestro planteamiento es serio, sincero y responsable. Precisamente por ello, no buscamos acuerdos a cualquier precio. Más bien al contrario. Queremos poner en valor el alto precio que tienen los acuerdos en una coyuntura tan adversa. Sólo concebimos, por tanto, acuerdos basados en la seriedad, la austeridad y el rigor. Acuerdos que no serán posibles si no se desarrollan sobre los cuatro parámetros que a continuación relacionaré:

**1.- Liderazgo participativo e integrador.** Sería bueno que el Gobierno pusiese coto a las medidas aisladas, improvisadas y descontextualizadas que sólo *a posteriori* buscan la ratificación parlamentaria. Debería, en su lugar, promover un plan integral de lucha contra la crisis que, sin descuidar las urgencias del presente, pusiera el acento necesario en las prioridades y apuestas del futuro. Un plan que nos permitiera ver con claridad a donde vamos. Un plan que empezase definiendo los deberes de hoy -que pasan por enfrentarse al desplome de la recaudación y a las consecuencias más indeseadas de la crisis- pero sin perder de vista el medio y largo plazo y la sostenibilidad futura del modelo económico y social. Pero no nos engañemos. Liderar no es salir en la televisión con gesto sonriente. Es sacrificarse. Es arriesgarse y apostar. Es decidir. Es adoptar las medidas de ajuste que exija el momento, aun a riesgo de que su impopularidad pueda volverse contra uno. Es dibujar y es, también, cortar, dejando claro que se pasa la tijera para poder después confeccionar, recogiendo y aprovechando al máximo los retales sueltos.

Estamos -insisto- ante un escenario de previsiones muy sombrío. Son muchas las incertidumbres que pesan sobre el futuro y, sobre todas ellas, sólo sobrevuela una certeza: Nada volverá a ser lo que solía ser. Las empresas están afrontando severísimos procesos de ajuste. Muchas de ellas -incluidas las más competitivas- se plantean un cambio radical de paradigma y dan por hecho que dentro de un quinquenio serán algo completamente distinto a lo que han venido siendo durante los últimos años. El marco general no puede situarse al margen de esta realidad. La economía española tiene que dotarse de un nuevo modelo, porque el anterior, con sus burbujas y su inflada mano de obra, era un modelo no ya desequilibrado sino desquiciado, cuyas duras consecuencias se manifiestan ahora en toda su crudeza.

**2.- No jugar con el sistema tributario.** Sería aconsejable que no se repitiese la caótica imagen que el G<sup>o</sup> ha dado este verano mediante ese coro polifónico de notas discordantes, que tan pronto se manifestaba partidario de mantener los impuestos, como de subirlos, o de subírseles, tan sólo, a los malos de la película.

Las reformas impositivas, ni deben improvisarse, ni deben utilizarse como pretexto para la demagogia. Y en una coyuntura tan delicada como la actual, tan sólo deberían acometerse las que pudieran justificarse en base a tres factores:

- a) Su incidencia en la recaudación
- b) Su influencia en el entorno económico
- c) La política de Gasto que vaya a financiarse con los ingresos resultantes.

La Hacienda Pública tiene una triple vertiente; la del ingreso, la del gasto, y la del impacto que ambos tiene en la economía. Es un error plantear reformas fiscales sin ponderar cuidadosamente cada una de estas tres vertientes. No es bueno rechazar las medidas impopulares, por el mero hecho de que lo sean, ni acogerse a las que arrancan el aplauso de las masas con el único designio de ganarse el favor de las mayorías. En la coyuntura actual, mi Grupo no es partidario de las rebajas impositivas generalizadas. Durante algún tiempo, la reactivación de la ec<sup>a</sup> seguirá necesitando del impulso público y no sería ni acertado ni responsable privar a las Administraciones de los recursos necesarios para ello. Es más. Incluso con la presión fiscal actual, el año 2010, e incluso 2009 en función de la evolución final de la recaudación, van a requerir de substanciales niveles de endeudamiento que hay que aceptar en términos razonables en función de los compromisos de gasto. Eso sí, el G<sup>o</sup> deberá elaborar escenarios realistas de consolidación fiscal a futuro que sean coherentes con el crecimiento potencial de la economía, la política fiscal y el modelo de bienestar.

**3.- Acometer un riguroso ajuste del Gasto.** La obligada prudencia en el terreno fiscal, nos conduce de inmediato a la ya vieja cuestión de la reforma del gasto, que el portavoz de mi Grupo en la C de Ec<sup>a</sup>, viene planteando, año tras año, desde que arribó a la C<sup>a</sup> allá por el año 2000.

Desconocemos las medidas de contención que tiene previsto adoptar el G<sup>o</sup> para paliar el desequilibrio que el descenso de la recaudación y las medidas extraordinarias de reactivación económica, están provocando en las cuentas públicas del Estado.

Pero sean cuales fueren, mi Grupo considera que será necesario acometer un riguroso ajuste de los gastos corrientes y una cuidada selección de los gastos de inversión, de manera que se prioricen aquellos que permitan avanzar hacia un horizonte de mayor productividad y competitividad.

No sí se tiene previsto congelar las retribuciones de los empleados públicos. Pero si lo hace, hágalo de tal manera que se visualice su esfuerzo en aras a la solidaridad. Le hago una sugerencia. Sírvase del excedente generado para nutrir un fondo de solidaridad que se centre en la formación y el capital humano, de manera que refuerce la empleabilidad de las personas en paro. Es seguro que a medio plazo nos enfrentaremos a un déficit de profesionales, por lo que es preciso hacer un esfuerzo especial de adaptación de la oferta a la demanda.

Por lo que se refiere a las inversiones, parece evidente que seguirán siendo una de las herramientas imprescindibles para seguir plantando cara a la caída de la demanda. Las inversiones deben mantenerse. Y las que se hayan de acometer en Euskadi, deben ser acordes con las necesidades y el peso específico de la comunidad. Pero deben centrarse, sobre todo, en Tecnología e Innovación. Si el presupuesto de Gasto se va a reducir en un 20%, esta reducción no puede ser lineal. Debería ser mayor en las partidas que se limitan a mantener sectores agonizantes y menor en los sectores de futuro. Si el G<sup>o</sup> apuesta de verdad por un modelo económico basado en el conocimiento, la tecnología y su adecuada transferencia al sistema productivo, debe plasmar esta opción en las Cuentas Públicas.

**4.- Huir de la demagogia en el tratamiento de la reforma del mercado de trabajo.** La pavorosa evolución del desempleo en España está extendiendo la convicción de que la vigente regulación del mercado laboral no responde adecuadamente a las necesidades de la ec<sup>a</sup>. El problema es que el debate que ello suscita, se está haciendo

derivar, exclusivamente, hacia los costes del despido en un momento de destrucción de empleo. Es razonable sostener que no es el momento para reducir el coste del despido. Pero es igualmente razonable afirmar que sí es el momento para plantear el problema de las figuras de contratación y la endémica dualidad de nuestro mercado laboral que dificulta los proyectos de vida de las personas y perjudica la competitividad.

Precisamente porque estamos en el fondo de la crisis es el momento para una reforma que acabe con la dualidad temporal-indefinido tan arraigada en nuestro sistema laboral, por ejemplo a través de un sistema de indemnización creciente hasta alcanzar el estándar. Alguien puede decir que esto supone que los nuevos contratos pasarían a ser todos temporales para llegar a ser todos fijos, y es cierto, pero es más que equitativa y respeta la igualdad de oportunidades mientras que la actual que conduce a una discriminación que acaba condenando a la rotación y la temporalidad a las generaciones más jóvenes.

Señor presidente, señores diputados, el barco en el que todos navegamos, hace aguas. Y en los próximos meses podemos dedicarnos a discutir entre nosotros hasta identificar al culpable -a riesgo, por supuesto, de hundirnos todos- o a trabajar coordinadamente para tapan la vía de agua, salvando la tripulación y el pasaje. Mi Grupo prefiere esta segunda opción. Pero en este hemiciclo no es, ni el único, ni tan siquiera el más numeroso.

<p><b>NOTA: Este discurso puede ser modificado parcial o totalmente por el orador de manera que solo es válido lo pronunciado en el hemiciclo aunque estuviere aquí escrito.</b></p>
--